

PROBLEMAS DE LA LITERATURA INFANTIL EN LA ACTUALIDAD LATINOAMERICANA.

Existen ya en nuestros países de Latinoamérica, en varios de ellos -que yo sepa y quizás en todos, sin que el hecho haya llegado a mi noticia- escritores que dedican específicamente su producción a la infancia; y unos cuantos que, sobresalientes en otro tipo de escritura considerada "más seria", no ha perdido el contacto con el sector más importante de nuestra población y han sido capaces de producir obras maestras en el arte de llevar un fermento positivo a la intimidad infantil y juvenil. No mencionaré nombres. Mi escaso conocimiento o mis preferencias me llevarían a la injusticia y, por otra parte, mi objetivo en esta ponencia no es decir lo que se hace, sino plantear -no resolver- el problema de lo que no se hace en este aspecto.

24

Pero decido olvidar, de momento, el problema, para referir una anécdota: hace algunos años, tuve un ocasional tete a tete con un niño, muy que rido para mí, que está siendo educado, mediante el ejemplo paterno, en la convicción de que lo extranjero es siempre superior a lo mexicano y de que los valores supremos para el hombre son el dinero y el poder que éste procura. Ingenuamente, con la ufanía de quien es ya ducho en el conocimiento de los automóviles de lujo, empecé a enumerarme los que su padre posee, entre ellos -me dijo- "un LTD color dorado". Hice una observación: Querido, ¿sabes lo que quiere decir LTD?". Me miró con sus inteligentes ojos negros medio cubiertos por mechones rubios y negó con la cabeza. "Quiere decir -expliqué- "Loco Tirando Dinero". Frunció el entrecejo un buen rato y luego, --- tranquilo y sonriente, volvió a mirarme "Bueno, se lo voy a decir a mi papá para que lo cambie por Rolls Royce". (¡!). Esa misma noche -haciendo mis primeras armas en esa actividad, ya que siempre he escrito para adultos- -- pergeñé un cuento de rey, madrastra, princesa, isla prisión custodiada por un monstruo, joven y hermoso pescador al rescate, matrimonio morganático, muerte de la pareja real, renuncia al trono en manos de un buen regente por parte de la joven pareja, formación de una nueva familia que, feliz, vive de la pesca a orillas de una laguna azul en la que suele nadar como un cardumen de pececitos de oro... No había moraleja explícita. Regalé el cuento a Fernando -ya capaz de leer y escribir- y esperé en vano el resultado: había yo fracasado... Hace poco, volví a estar en contacto con el niño, que vive permanentemente en el extranjero. Fue desusadamente expansivo, me dio -- las gracias por el cuento que le había regalado y, desligando sus expresiones como si nada tuviera que ver una con otra, me contó que su papá había estado en el hospital a causa de las preocupaciones que le causaban sus negocios y que no podría volver a jugar al golf ni a nadar en la gran piscina casera; me preguntó si era de verdad y dónde estaba la laguna Lacantuna (la de mi cuento); inquirió si en México se podría ganar lo suficiente trabajando como pescador, y finalmente, se desahogó: "Yo quisiera ir a vivir a México, en el campo. Sería mucho más divertido, mi papá ya no tendría que hacer tantos negocios y yo podría estudiar en una escuela donde se hablará es pañol. "Además -concluyó- de grande me podría casar con una muchacha mexicana..." Y yo me dije que -unida a otras punzantes circunstancias- la única flecha de que yo disponía para llegar a esa intimidad infantil había dado en el blanco.

Esta anécdota es para mostrar cómo, en ocasiones la literatura infantil -aún defectuosa como fue aquel mi primer intento- puede tener el poder catártico que le atribuye Bruno Bettelheim en su libro Los usos del encantamiento (1975).

También es para mostrar que, en nuestros países latinoamericanos, los niños de más alta posición socioeconómica, los más plausiblemente poderosos y has ta funcionarios públicos el día de mañana, son quizá los que más necesitan de un medio formativo que nuestra era tecnológica tiende a considerar obsoleto.

Es aquí donde cabe plantear el grave problema a que se enfrenta, en nuestros días y en nuestros países, la literatura infantil. En primerísimo lugar, el niño de hoy no lee porque sus padres, con escasas excepciones, tampoco leen y no pueden fomentar un hábito que no tienen; adultos y niños reciben pasivamente la información o el entrenamiento en su mayor parte extranjerizantes, que encapsulan los medios masivos de comunicación. No voy a detenerme en el punto que ya está siendo objeto de alarma y estudio en el mundo entero: el del llamado "niño de la televisión" y "niño del comic", en -- quien se hallan atrofiadas las capacidades de esfuerzo, de inventiva, de -- creación personal. Sólo diré que la verdadera literatura infantil y juvenil, la que constituye un texto y no un mero estímulo visual apenas completado por unas cuantas palabras, muy difícilmente puede competir con medios de entrenamiento que se apoyan victoriosamente en la ley universal del menor esfuerzo. Este es, a mi manera de ver, el aspecto más negativo de tales entrenamientos: la castración del niño en su iniciativa y en su impulso lúdico - creador, independientemente del contenido de los mismos que, sin embargo, - no es soslayable.

Por mi parte, sigo siendo optimista y creo que un esfuerzo intenso y bien dirigido -a niveles muy diversos- puede conducirnos a una reeducación que desemboque en la producción o reproducción de textos infantiles y juveniles ad hoc para nuestros países en la época que estamos viviendo. Y digo reeducación en sentido muy amplio, ya que es necesaria para los padres y -- educadores -en especial, los jóvenes- para los niños, y para aquellos que - aspiramos a escribir para ellos. Y es que -como sin piedad se pronunció un amigo mío ante aquel mi temporal fracaso como cuentista para la infancia- es que "escribir para los niños supone ser muy inteligente". Anatole France dice: "Para hacerse comprender por un niño nada mejor que un genio".

¿Cuáles han sido y tienen que seguir siendo las finalidades de la literatura infantil? La básica y fundamental es la de toda literatura como arte de la palabra: el deleite, el juego estético. Antes que nada, un texto - para niños es una obra de arte, como obras de arte son y seguirán siendo -- los antiquísimos cuentos populares oralmente transmitidos y, en algún momento, fijados por la escritura. Esta primera finalidad no anula, antes incluye otras. En efecto, la literatura -por su materia misma, que es la expresión verbal, más ligada que ningún otro arte a lo ideológico- posee una "inclusividad" que admite muy diversos contenidos, siempre y cuando se hallen estéticamente transfigurados.

Digamos, pues, que otra de sus finalidades es la de ser un complemento de la docencia en muy diversos aspectos, al procurar al niño la apreciación de la propia lengua y su enriquecimiento; al darle a conocer su propio país y al transportarlo, en tiempo y espacio, a muy diferentes ámbitos que, a mi parecer, no tienen por qué ser fantásticos, aunque pueden serlo, más o menos, los hechos relatados. En este y en otros puntos de esta charla retomo las ideas de Bruno Bettelheim cuya larga, a la vez científica y amorosa dedicación a los problemas infantiles, lo hace autoridad en esta materia. -

Dice: "En la educación del niño nada es más importante que el impacto de los padres u otras personas que se encarguen de él; y en inmediato segundo lugar está nuestra herencia cultural, cuando se la transmite de manera adecuada... es precisamente la literatura la que mejor provee la información de esa cultura. (Yo subrayo).

El tercero y más profundo objetivo de la literatura infantil atañe a aspectos existenciales. Hoy más que nunca el niño está sujeto a desesperados sentimientos de soledad y aislamiento, y muchas veces experimenta ansiedades y angustias que ni siquiera sabe poner en palabras. De ahí síntomas indirectos como miedos, fobias, manías, preocupaciones sobre su cuerpo. Los educadores y padres suelen desestimar y hasta castigar tales manifestaciones, cuando en mucho podrían aliviarlas y aun encauzarlas a una solución, mediante la liberación que representa la proyección de los síntomas infantiles en las figuras e imágenes de un relato adecuado y oportuno. El niño actual, sano o enfermo psicológicamente, suele no hallar o hallar muy confuso el sentido de su vida. Y ahí es donde entra, para muchos escritores y pensadores, el cuento infantil. Para Chesterton (Ortodoxia) y C.S. Lewis (La alegoría del amor) los cuentos de hadas (más tarde volveré sobre esta denominación), son "exploraciones espirituales, las más semejantes a la vida, puesto que revelan la existencia humana como vista o sentida o adivinada desde el interior". Y Schiller escribe: "Un significado más profundo reside en los cuentos de hadas que me contaron en mi infancia, que en la verdad que la vida me ha enseñado".

26
Antes de seguir adelante debo esclarecer mi terminología. En algunas culturas hay una distinción confusa entre los mitos y los cuentos folklóricos: por ejemplo, los lenguajes nórdicos tienen para ambos un solo nombre: saga. Parece que el alemán destina saga a los mitos y marchen a los cuentos folklóricos. En inglés y francés hay delimitación precisa: myth o mythe para uno y fairy tale o conte de fées para el otro; pero esta última denominación es curiosamente inapropiada, ya que sólo en pequeña minoría de ellos aparecen hadas. En español y en Hispanoamérica tendríamos también problema si habláramos de "cuento de hadas" y lo mismo si, queriéndolo remediar usáramos el término, "cuento folklórico", que quizá nos remitiría a nuestro folklore prehispánico. El término "cuento fantástico" nos llevaría a las múltiples teorías actuales -recordemos a Todorov, Caillois, Vax, Castex... -sobre un género que, obviamente, es para adultos (Borges, Bioy Casares, Cortázar, García Márquez y sus antecesores europeos...). En estas breves palabras cortaré por lo sano llamando mito al mito, cuento maravilloso al ancestral y popular europeo o indoeuropeo, cuento de fantasía al moderno que rompe los moldes de la realidad cotidiana y cuento realista al que no lo hace, antes procura adecuarse a ella. En todos estos casos, mi interés está puesto en el niño como destinatario.

Abordo ahora algo considerado gravemente problemático hace algunos años: ¿es efectivamente condenable el cuento maravilloso como un influjo negativo en el psiquismo infantil? Quizá muchos aún responderían afirmativamente; tal vez así: "El psicoanálisis nos ha revelado que la imaginación del niño es violenta, destructiva y aun sádica, que su sexualidad está despierta desde muy temprano; tales historias de violencia, muerte, ogros devorados, venganzas y aun incesto no hacen más que reforzar tales instintos. Suscribe, entre muchos, esta afirmación, el educador ecuatoriano Darío Guevara (Psicopatología y psicopedagogía del cuento infantil). Padres y docen-

tes de su generación y anteriores a ella supusieron que reprimiendo la imaginación del niño suprimirían sus peligros. Olvidaron que el monstruo más temible está en el inconsciente infantil y que al sofocar su externalización, verbalización y aun discusión se evita que el niño lo reconozca y se pa como habérselas con él. Tales "especialistas" pretendieron una utopía: que el "ego" racional reinara, en forma suprema, desde la infancia.

Otra objeción que solía hacerse a este tipo de cuento se refería al mundo de irrealidad en que el niño se vería sumergido y al grave peligro de que se mantuviera en él, perdiendo lo que el psicoanálisis llamó "relación de objeto", contacto con la realidad munda y lironda. Alguien que opinaba así parece haber sido el escritor para niños Antonio Robles, que quiso dar a sus pequeños lectores un mundo "real" y siempre bueno a través de sus personajes Azulina y Botón Rompetacones. Su intención es enternecedora pero nada atinada: todo niño normal distingue perfectamente entre la realidad y la fantasía, aparte de que el inicio y el final de la mayoría de los cuentos - folklóricos subrayan tal distinción. Por ejemplo, algunos principios: "En el tiempo en que se ataban los perros con longaniza..."; "En el tiempo en que Jesucristo aún caminaba sobre la tierra..."; y algunos finales: "...así, la princesa quedó desencantada y todas las campanas del reino se echaron a repicar. Si guardas silencio, podrás oír que aún siguen repicando", "..después de la boda se hizo un gran baile que dura todavía; y si quieres bailar no tienes más que empezar a caminar por ese lado..."

Otro interrogante es: ¿Son los cuentos maravillosos obsoletos para la mente del niño de la era espacial? Mi respuesta podría resultar de la experiencia directa, pero prefiero volver a apoyarme en la autoridad de Bettelheim (cf.op.cit) Para este autor, el deleite que experimenta el niño con el ancestral cuento maravilloso depende de que sus personajes y situaciones son arquetípicos, proceden del inconsciente colectivo de la humanidad, se entregan como material primigenio no mediatizado por la cultura. En este sentido son más eficaces que los mitos, según la junguiana Marie Louise Voz Franz, para provocar la catarsis de los problemas infantiles, pero evito ahondar en el aspecto psicoanalítico, y me limito a evocar situaciones personales en que uno o varios de estos cuentos, no sólo no fueron obsoletos sino resultaron fascinantes para grupos de niños, jóvenes y adultos, además de valiosa experiencia para estos últimos, entre los que se contaban estudiantes y hasta profesores universitarios. Y esto, no sólo en México, sino en diversos países y continentes, ya que hace muchos años que mi interés persigue el misterio del cuento infantil.

Paso de inmediato a preguntarme, a que nos preguntemos: ¿Qué o cómo ha de ser la literatura infantil y juvenil que en adelante se escriba? Tomo una respuesta de Vaclav Ctverlek, escritor checo contemporáneo, cuya creación para niños es muy popular: "La literatura para niños y jóvenes debe ser como una vacuna preventiva contra la sequedad del espíritu, la insensibilidad y la disminución de las facultades apreciativas de la belleza, una vacuna para que el niño no llegue a asemejarse al hombre futuro totalmente moldeado por la técnica" (Prólogo a uno de sus libros). Esta es una buena respuesta. Otra sería la Lewis Carroll da en su dedicatoria de A través del espejo: este cuento -dice es un "love-gift", un regalo de amor para un niño. La tercera está ya esbozada en palabras anteriores de esta charla: el cuento es un medio para (presupuesto el auxilio de adultos preparados y perspicaces) tantas y tantas infancias sin sentido empiecen a cobrarlo. Así se --

ahorrará mucho sufrimiento a innumerables niños "mal-tratados". (Sobran las maneras de tratar mal a un niño, y sé de cierto que la peor es la psicológica, la emocional). Por otra parte, si como dice Paul Hazard (Los libros, -- los niños y los hombres): "... los hombres no son más que ex-niños", el --- cuento será un auxiliar no despreciable para la formación de una humanidad poquito a poco reeducada en la apreciación de una escala de valores hoy caótica, cuando no completamente invertida.

Pero ninguna de las semi-definiciones anteriores ataca el problema práctico y específico que se nos plantea, y es que en este tipo de literatura, como en cualquier otro arte, no pueden darse recetas. El mismo Paul Hazard (El corazón informado) declara: "Tengo la convicción de que para resistir y contrarrestar el impacto mortal de la sociedad de masas, el trabajo de todo hombre debe estar permeado por su personalidad". (Yo subrayo) "De todo hombre", en este caso y muy particularmente del artista. Precisamente, Hazard critica Escribiendo para niños, de Arthur Groom, por ser un manual, un recetario en el que se olvida por completo que el genio -aun con minúscula- no tolera encasillamientos.

El artista, por el mero hecho de inclinarse a escribir para la niñez y la juventud, ya está demostrando que su propio "genio" tiene disponibilidad para esa escritura. Sin embargo, la disponibilidad no basta. Esto lo sé por experiencia y me permito proponer un medio práctico que presenta tres - fases complementarias:

1. Que en los centros universitarios, sobre todo en las facultades de letras, se establezcan seminarios interdisciplinarios en los que intervengan escritores interesados, pedagogos, psicólogos, sociólogos...*
2. Que los escritores perseverantes en esos seminarios organicen reuniones totalmente prácticas, verdaderos talleres de creación literaria para la infancia, en los que prive la más libre discusión - y cuyo moderador sea ducho en tal tipo de actividad, eminentemente positiva y respetuosa del genio personal de cada participante.
3. Si lo anterior cristaliza en la formación de un grupo suficiente de escritores, que se funde una editorial específica. Esto último puede parecer utópico en ciertos medios de ciertos países nuestros de Latinoamérica (todas las grandes editoriales europeas que tienen sus propias y estables secciones infantiles), pero creo que - hay que empezar por algo y deseo estar segura de que para nosotros ya es tiempo.

Muchos otros aspectos prácticos y específicos para cada país surgirán de los seminarios mencionados en primer término: por ejemplo, el tipo de literatura adecuada para las diversas edades, a partir de los 4 años, en que el niño comienza a cautivarse con los cuentos, verbalmente expuestos -- hasta la edad prepuberal y aun más allá, cuando los libros adecuados empiezan a serle amigos al sintonizar con la crisis normal de la adolescencia. - Otro, importantísimo, es el de los textos adecuados para los distintos estratos sociales, tan diferenciados en algunos de nuestros países*1.

* Esto ya se está haciendo en El Colegio de México.

*1. Otra de las investigaciones realizadas en El Colegio de México, un estudio Sociolingüístico del lenguaje infantil, tangencialmente ha dado un documento que se publicará con el título de "Te voy a platicar de mi mundo", revelador precisamente, de la mentalidad y los requerimientos de lectura específicos para los diversos grupos sociales de niños mexicanos.

Otro más, de interesante discusión es el de las ilustraciones. Bettelheim y Ronald Reuben Tolkien (Arbol y hoja) se pronuncian en contra de ellas. El primero afirma que la literatura infantil "pierde mucho de su significado personal cuando, a sus figuras y sucesos da sustancia, no la imaginación -- del niño, sino la del ilustrador", y el segundo es aún más contundente al respecto. Esto es natural en el viejo profesor de Oxford cuyo Señor de los Anillos es una proclama de la necesidad vital de imaginación personal y de mitos modernos para el hombre de nuestro tiempo. Por mi parte, considero -- que, de ser posible, con la condición ideal de una conjunción del poeta con el ilustrador, habrá que hacer concesiones al espíritu de la época, si queremos luchar con éxito contra la imagen formada por la técnica y el mercantilismo, la cual crea una verdadera sugestión hipnótica en niños y adultos.

Aún más importantes son, en nuestros países, la temática y el lenguaje apropiados conforme a la clase socioeconómica y el medio rural o urbano -- a que pertenezcan los presuntos pequeños lectores. El problema es inmensamente complejo.

Sin embargo --y sin pretender conceder a la mera intuición un papel decisivo-- creo que el verdadero artista, si está intelectualmente informado y cordialmente formado en la comprensión de su país y de "sus" niños, puede abordar cualquier tema, desde la hoy imprescindible ciencia ficción (de la que algunas muestras inteligentes "humanizadas" han demostrado tener la predilección juvenil, hasta los relatos "realistas", o la literatura de fantasía. Cada escritor tendrá sus predilecciones.

Por mi parte, como humilde aspirante a escritora para niños, me inclino por un tipo de escritura en que lo real (geografía, historia, ciencias naturales...), en ceñido entrelace con la fantasía y aun con el disparate, alimente tres inseparables necesidades humanas: la de reír, la de saber lo que es, y la de imaginar lo que no es; es decir, lo que en cierto sentido, -- no es. En una palabra, vuelvo por los fueros de la fantasía, de los personajes-símbolos y de las situaciones simbólicas. Quisiera raspar el orín de esas imágenes arquetípicas que son, según Gastón Bachelard, "las hormonas de la energía espiritual". El hombre que es y el hombre que será necesitan imprescindiblemente de tales hormonas, so pena de caer en la anemia psíquica. El mismo Bachelard dice "El hombre privado de la función de lo irreal es tan neurótico como el que está privado de la función de lo real" (Poética del espacio).

Dentro de este simbolismo, no creo perjudicial la presentación de situaciones de muerte, violencia o erotismo. El niño de hoy está más que informado, en estos y otros aspectos a través de la vida real o de espectáculos -- adocenados y sin calidad humana ni estética. Me parece ejemplar la sencillez nada pacata (como que surgió del pueblo) de los cuentos que he llamado maravillosos: el rey viudo que se casa con su hija; el héroe mata a sus rivales los hermanos mayores que se deshacen del menor; el príncipe que corta a su amigo zorruno las patas y la cabeza; la princesa que pone pruebas a su amante la noche de bodas y todas las subsiguientes, hasta el parto del primogénito, -- ocho meses después; la novia asesina...

Respecto a la violencia, creo oportuno aducir la autoridad del psicólogo Efraín Biblow quien, habiendo sometido a un experimento a niños del mismo grado escolar, unos habituados a la fantasía de los cuentos maravillosos y otros privados de ella, llega a la siguiente verificación: "Observados du-

10v. 1999

rante el juego, los niños de baja capacidad de fantasía, mostraron mucha acción, muy escaso pensamiento y más agresividad de hecho; por contraste, el grupo en el que la fantasía era más alta, se mostró más maduramente estructurado y más creador, al tiempo que su agresividad fue mucho más verbal que física". ("El juego imaginativo y el control de la conducta agresiva").

La literatura de fantasía de factura actual no tendrá, en manera alguna el enorme poder catártico del cuento maravilloso pero al menos podrá seguir valiéndose de símbolos totalmente polares: "bueno" ----"malo",* y de la consoladora esperanza que dan al niño afligido por dilemas existenciales los finales en que triunfa, a través de muchas pruebas, el bien sobre el mal. Enseñarán poco o nada de las condiciones específicas de la vida moderna en sociedad, pero mucho acerca de los problemas íntimos del ser humano y de su maduración. Darán al niño esperanzas de solución a sus ansiedades, siempre y cuando tomen en cuenta que a él no le mueve la antítesis "bueno-malo", sino el atractivo de que sepa revestir el escritor a los personajes-símbolos del bien. Las moralejas explícitas invalidan el efecto. Recordemos que el niño no tolera ser tratado como un retrasado mental, que es capaz de llegar a sus propias conclusiones, y que si la inclusividad de la literatura admite un aspecto educativo (no quiero decir moralizante), esa educación, como cual quiera otra, significa, más que rellenar de conocimientos o conceptos, sacar a flote lo que la inconfundible individualidad de cada niño trae en sí.

30 Imposible agotar el tema en tan breve trabajo. Sólo dos observaciones más, aplicables a nuestros países de Latinoamérica: la primera es que, indudablemente, la literatura infantil debe fomentar, con inteligencia y belleza, el sentimiento de identidad nacional (aquí cabría hablar de la difícil recreación de nuestras cosmogonías y nuestros mitos prehispánicos); la segunda se refiere a un aspecto propiamente feminista: para nuestros pueblos, tan largamente castigados por el sexismo machista, es menester una gran cautela idiomática que evite voces y giros de minusvalía hacia la mujer, tan implícitos en el sistema lingüístico mundial, que se hacen imperceptibles. Esto es sólo la base: hay que mostrar el aspecto positivo de un feminismo maduro y no subdesarrollado, es decir, no el que se presenta como rivalidad, sino como cooperación entre los sexos. Aunque esto, por desgracia, depende de la ley del péndulo y del grado en que aún éste oscile entre los extremos, en cada uno de nuestros países y en sus diferentes medios.

Intencionalmente he dejado para el fin una idea que me parece crucial. Líneas atrás mencione, sólo de pasada, las ciencias naturales dentro de la literatura infantil. Aquí hago profundo hincapié en la necesidad de educar o reeducar -según el caso- en el amor a la naturaleza. Este es innato en el niño. Este nace identificado a ella en una sensibilidad que me permito llamar "telúrica". Recordemos nuestra propia infancia; recordemos la anécdota de Jung niño, a quien el hecho de sentarse en una piedra determinada le daba la más plena identificación con "su" roca y, a través de ella, con la tierra madre de toda vida. Por desgracia, en nuestro mundo tecnificado y sobrepoblado, en muchos niños se embota pronto tal sensibilidad. Pienso con tristeza en los niños de las grandes urbes, de las "junglas de cemento", en mi ciudad de México, con sus diecisiete y medio millones de habitantes... Ante el deterioro ecológico, se están haciendo loables esfuerzos en radio y televisión y a través de reuniones, coloquios, etc. Súmese el cuento a ellos con la eficacia que da la "sugestión poética", haga amable todo lo natural, fomente la curiosidad y la capacidad de admiración hacia los "tres reinos" tradicionales, inculque un respeto impregnado de afecto hacia todo lo que,

* Estos términos no tienen connotación moral.

infinitamente pequeño, brota y germina... Tal vez así logremos generaciones de "ex-niños", ecólogos por vocación, que lleguen a tiempo para salvar su mundo.

Una palabra más -ahora sí final, lo prometo- sobre el argumento demográfico. En mi país, conforme a cifras del último censo, más del 50% de la población es menor de 15 años. En toda América Latina la proporción es menor aunque también elevada: aproximadamente de 40%. Considero responsabilidad de todo escritor latinoamericano capaz de ello al escribir para público tan considerable en éste y en tantos otros aspectos, algunos de ellos -sólo algunos- ya mencionados.

Teresa Avelleyra - Sadowska-México

REGALO PARA EL NIÑO

Te regalo una paz iluminada.
Un racimo de paz y de gorriones.
Una Holanda de mieses aromada.
Y Californias de melocotones.

Un Asia sin Corea ensangrentada.
Una Corea en flor, otra en botones.
Una América en fruto sazónada.
Y un mundo con azúcar de melones.

Te regalo la paz y su flor pura.
Te regalo un clavel meditabundo
para tu blanca mano de criatura.

Y en tu sueño que tiembla estremecido
hoy te dejo la paz sobre tu mundo
de niño, por la muerte sorprendido.

Oswaldo Escobar Velado.

